

es, según lo que hemos dicho, por razones sacadas ora de la libertad humana, ora de la inmutabilidad divina. Debemos advertir que todas las razones que se fundan en la libertad humana, militan igualmente contra la presciencia divina; y todas las que se refieren á la inmutabilidad divina tienen la misma fuerza contra la creación. Podemos elegir uno ú otro extremo, pues en ambos se halla la misma contradicción.

¿Cómo Julio Simon no ha comprendido que si Dios permanece inmutable al crear seres múltiples, diversos, mutables, su inmutabilidad no sufre afección alguna por el acto mediante el cual conserva esos mismos seres al encaminarlos hácia su fin? Entre esos dos actos no hay distinción real; hay tan solo una distinción de razón. Si repugna que el acto infinito de Dios tenga por término lo finito, esto se verifica en ambos casos. Y si la contradicción no es mas que aparente en lo que toca á la creación, tampoco es sino aparente por lo que respecta á la Providencia.

Y es soberanamente ridículo pretender eludir esta consecuencia, diciendo: «Si nos atuviésemos á los términos rigurosos de la especulación, nos veríamos obligados á decir que Dios no conoce mas ser que el suyo propio, ni obra cosa alguna fuera de él. Pero el mundo existe, Dios lo ha creado voluntariamente; es de todo punto necesario sufrir esta derogación en el rigor de los principios.»¹

¡Conque el mundo existe! ¿Y esto deroga vuestros principios? Mas esto prueba que vuestros principios no son tales en manera alguna. Y sin embargo, estas razones son las mismas, ni mas ni menos, que empleais

¹ *La Religion naturelle*, p. 262.

para batir en brecha á la providencia especial, confesando que *ellas os parecerian terminantes contra la creación si la creación no existiese*, y afirmando al mismo tiempo que *son concluyentes contra la providencia especial, porque la providencia especial no existe*. ¿Qué clase de lógica es la vuestra?¹

Lo mismo sucede con las objeciones sacadas de la libertad humana: Mr. Simon las encuentra tan pronto insuficientes contra la presciencia divina, como válidas contra la Providencia. Ensancha y estrecha á su antojo el campo de la contradicción; lo que poco ántes no era sino solamente incomprensible, se convierte en absurdo, si así le place. ¿Es esto falta de juicio, ó de buena fe? Mientras mas inevitable es esta cuestión, mas trabajo cuesta responder á ella.

¿Queréis un ejemplo del modo con que introduce la contradicción y el absurdo en la doctrina que es objeto de sus ataques? Os bastará leer las siguientes líneas: «Preténdese, dice (en el sistema de la intervención especial), *que el plan del universo no sea estable, que las resoluciones de Dios no sean incontrastables, que sus designios no sean exclusivamente generales, que su acto no sea único, que su serenidad no sea absoluta; sino que, por el contrario, sea objeto de los movimientos causados*

¹ El mismo Julio Simon habia escrito: «.....En todos los problemas filosóficos en que se trata de explicar las relaciones de Dios con el mundo, ¿no encontramos esta misma oposición entre la movilidad de la criatura y la eterna inmovilidad del Creador? ¿La creación es por eso ménos necesaria y evidente? Y así como admitimos la creación, ¿no debemos admitir tambien en Dios la providencia, que es el ideal de la bondad, y en el hombre la oración, que es la forma mas pura del amor?» (*Le Devoir*, p. 426.) Vemos, pues, aquí, que la posibilidad de la creación prueba en favor de la Providencia; ¡quién sabe si bien pronto la imposibilidad de esa misma Providencia va á servir de prueba contra la creación!

por su criatura, que responda por medio de resoluciones nuevas á nuestros votos y á nuestras faltas. . . . »¹

¿Posible es traducir de una manera mas inexacta la doctrina ortodoxa, la doctrina verdadera y filosófica de la Providencia? Julio Simon mezcla en ella contradicciones que á él solo pertenecen.

No, le dirémos nosotros, no se pide que el plan del universo sea inestable, ni que las resoluciones de Dios, una vez tomadas, sufran modificacion. Pero se pide en efecto que los designios de Dios no sean *exclusivamente generales*; se pide que atienda á cada sér en particular en el gobierno del mundo, como lo ha hecho tratándose de la creacion en general. No se quiere, por el contrario, que el acto de Dios deje de ser *único*, ni que su serenidad no sea absoluta: se pide que, así en el gobierno del mundo como en la creacion, Dios produzca por un acto único efectos múltiples y diversos, que no alteran en nada ni su unidad, ni su serenidad. No se pretende que Dios reciba en sí ó se haga el objeto de los movimientos causados por su criatura; pídesese que al crear, disponga, segun el conocimiento cierto que tiene de antemano (en lo cual os encontráis de acuerdo con nosotros), el uso que la criatura ha de hacer de su libertad. No se pide, en fin, que Dios responda por medio de resoluciones nuevas á nuestros votos y á nuestras faltas, sino que responda por medio de resoluciones eternas. Hé aquí lo que se pide cuando se sostiene la intervencion especial de la Providencia; y al pedir esto, no se pide nada, absolutamente nada que esté en contradicción con los principios de una sana filosofia, con

¹ *La Religion naturelle*, p. 263 y 264.

esos mismos principios que os habeis visto obligado á admitir y no habeis vacilado en proclamar.

Ahora, dígasenos de buena fe, el hombre que ha escrito las anteriores líneas, tiene derecho á quejarse si le aplicamos el nombre de sofista?

No quiere, como hemos visto, que Dios responda con sus resoluciones á nuestros votos y á nuestras faltas. Luego niega, cuando ménos, la eficacia de la oracion. Así niega otras muchas cosas; y lo mas triste es que disimula sus enormidades hasta donde le es posible.

¡Cuán léjos se halla de aquellas serenas alturas en que le habíamos contemplado tanto tiempo, siguiendo las huellas del cristianismo! Vémosle ahora llegar á ese abismo sin fondo en que hay que renunciar hasta á la misma esperanza. Rebelándose á la sola idea de la Providencia, tal como nos la muestra el cristianismo, no admitiendo á un Dios que castiga y premia, que escucha la oracion y que consuela compasivo, exclama con el acento del blasfemo: «Dejemos esos dioses humanos á los teólogos paganos.»¹

¡Y cosa mas inconcebible aún! Lo que él llama la Providencia, es un Dios á quien atribuye una voluntad inflexible, inexorable; y lo que para nosotros es la Providencia, recibe en sus labios el nombre de *Destino*.²

Vemos ya lo que hay que esperar de ese filósofo en lo que toca á la oracion. Y es preciso no olvidar que la oracion constituye por sí sola todo el culto del filósofo racionalista. Si, pues, ella le falta tambien, decidnos, ¿qué le queda? Un vacío inmenso, cuyo pensamiento anonada al alma y la hunde en la desesperacion.

Julio Simon procede en esto, sin embargo, segun su

¹ *La Religion naturelle*, p. 283.—² *Ibidem*.

sistema; concede que la oracion es un derecho de parte de Dios, y una necesidad del corazon humano. Pero preguntadle si aquella es eficaz, si puede atraer sobre nosotros los favores de Dios, y os responderá que no. ¡Como si fuese bastante al corazon humano orar á Dios con la certidumbre de no ser escuchado jamás!

De admirar es la delicadeza con que el filósofo racionalista procura no llenar desde luego de espanto á ese pobre corazon humano: «Esta necesidad (la de orar), es tan real, que ocasiona una especie de descrédito público á toda filosofía cuyos principios destruyen la posibilidad del culto y de la oracion. Se siente como por instinto, que una filosofía sin Dios, ó cuyo Dios es sordo á nuestras voces, no tiene razon de ser. Semejante filosofía nos rehusa desde luego lo que ante todas cosas le pediríamos.

Muy pocos espíritus hay que se consagren al estudio de la metafísica por puro amor á la verdad, cualquiera que ésta sea. Casi siempre una necesidad moral es la que llama á las almas á la filosofía. Ellas quieren verse tranquilizadas, sostenidas, consoladas; quieren que se abra á su esperanza el mundo invisible, cuando no hallan en éste mas que opresion é infortunio.»¹ El filósofo, que sabe á la perfeccion que este es el punto débil de la filosofía, no cuida de negar esta necesidad moral. Aun habla de ella con cierta elocuencia, y creeríase al oírle que va á darle una cumplida satisfaccion. Pasa revista á las innumerables miserias de la vida, la pobreza, la desnudez, el hambre, el abandono, el envilecimiento, la opresion, todos los dolores, todos los sufrimientos físicos y morales, todo aquello en suma, que obliga al

¹ *La Religion naturelle*, p. 365.

hombre á clamar al cielo. Os imaginaréis, sin duda, que va á concluir con que esos acentos doloridos de la humanidad, esos gritos de angustia, alcanzan de Dios el socorro y la asistencia. ¡Vana esperanza! Hé aquí su conclusion: que la oracion es *ante todo un deber*.¹ No se atreve á decir, que para él, no es mas que eso mismo.

Convenid en que esta filosofía es muy cruel en sus concesiones calculadas, en sus fingidas reservas, que concluyen por hacer mas amarga la decepcion. Así se oculta cuidadosamente el filo del hierro, para hundirlo por completo y con mas seguridad en la llaga. Acaso con el objeto de sorprender tambien los sentimientos cristianos de sus lectores, ha puesto Mr. Simon al frente de ese capítulo *de la oracion* las siguientes palabras de Jesucristo: «Porque todo el que pide recibe: y el que busca, halla: y al que llama se le abrirá.»² «El filósofo comienza en efecto con una uncion de todo punto evangélica. Pero ¡gran Dios! qué mentís ha reservado á estas palabras! Dá principio por Jesucristo, y acaba por Rousseau, que ve en la oracion un ultraje á la Majestad divina. Julio Simon adopta este pasaje de la *Profesion de fe del Vicario saboyano*: «Yo converso con él (Dios); su divina esencia penetra todas mis facultades; le bendigo por sus dones; mas *no le elevo mi oracion. ¿Qué le pediría?*» Todo el que pide, recibe decia el epígrafe del capítulo. «¿Qué le pediría? dice, sin embargo, Rousseau, y Mr. Simon aprueba: ¿que cambiase por mí el curso de las cosas, que hiciese milagros en favor mio? Yo, que debo amar sobre todo, el órden establecido por su sabiduría y mantenido por su providencia, ¿querria

¹ *La Religion naturelle*, p. 386,

² S. Math. cap. VII, v. 8.

que este orden fuese turbado por mi causa? No, *ese voto temerario mereceria mas bien ser castigado que escuchado.*»¹ Lo habeis oído, no hay lugar á la menor equivocacion; cuando Jesucristo decia á sus apóstoles, como lo ha hecho tantas veces: *Petite, et accipietis..... Petite, et dabitur vobis*, les mandaba dirigir á Dios votos temerarios, dignos de ser mas bien castigados que atendidos. En efecto, orar á Dios ¿no es desconocer al mismo tiempo su inmutabilidad y su sabiduría? Escuchad ahora á Julio Simon.

«Si pudiésemos representarnos á Dios como un padre incesantemente ocupado en la felicidad de sus hijos, gozando con sus alegrías y sufriendo con sus penas, atento á sus necesidades cotidianas, y modificando, para proveer á ellas, las leyes generales, capaz aun de dejarse conmovido por una oracion mas fervorosa, y de acordar á una solicitud perseverante un don que debia rehusar segun sus designios y su sabiduría, la oracion seria posible, útil y eficaz. Pero, en ese cuadro tan tierno de la solicitud divina, muchos rasgos hay fuera de la verdad, y que degradan á Dios acercándole á nosotros. Reflexionando en su perfeccion, es imposible admitir que pueda cambiar algo de lo que ha querido, y que este cambio pueda tener por causa las intercesiones de un sér tan frívolo, tan falto de prevision como el hombre. (No os cause pena ver aquí tan bajo al hombre; Julio Simon lo elevará á su tiempo mas allá de lo que convenga.) Por mas que hagais, no hallaréis salida: si Dios modifica su voluntad, no es inmutable; no es siempre igual y semejante á sí mismo; cae como nosotros en el movimiento y en el tiempo; deja de ser infinito. La re-

¹ *La Religion naturelle*, p. 380, en la nota.

solucion que Dios habia formado, era la mejor que pudo tomar; consintiendo en cambiarla, obra ménos bien; se disminuye dos veces: tomando una resolucion mala, y tomándola por debilidad. Seria preciso, para evitar esta consecuencia, suponer que nosotros, por el contrario, somos los que mejoran los designios de Dios, y los que le ilustran tratándose del bien. Ninguna de estas hipótesis puede sostenerse; causa vergüenza el expresarlas, y se sufre al oír las. Este Dios tan bueno en apariencia, no es mas que un obrero imperfecto, cuya obra tiene necesidad á cada instante de ser reparada, y que forzosamente la repara mal, si escucha todas nuestras oraciones insensatas y contradictorias. En vano se dirá que no accede á nuestros ruegos, sino cuando son racionales: este es un juego de palabras; pues nuestras súplicas no son racionales, sino cuando se conforman á su voluntad, y esto, tanto quiere decir como que no nos escucha jamas.»¹

Indudablemente, Julio Simon se pone del lado de Rousseau en contra de Jesucristo.

Para persuadirnos de la *ineficacia* de la oracion, desciende á ejemplos familiares que nos traen á la memoria, por el mas triste de los contrastes, las tiernas parábolas de que se servia el Salvador de los hombres para hacer comprender á las gentes sencillas cuán poderosa es la oracion en el corazon de Dios. Sigamos al filósofo en ese terreno, y veamos si sus argumentos son terminantes contra el Evangelio.

«Corriendo en una llanura, siento de repente que la tierra me falta, y que caigo en un precipicio. ¡Oh Dios mio, salvadme! es el grito que me inspira la naturale-

¹ *La Religion naturelle*, p. 375 y 376.

za. Mas ¿cómo me salvará Dios? ¿será por un milagro, suspendiendo la acción de las leyes de la gravedad? No, esta esperanza no cruza por mi espíritu. Pido á Dios que me conceda hallar una rama bienhechora, en lugar de dejarme rodar hácia el abismo. Pero esa rama se encuentra allí, en la dirección misma de mi cuerpo. Si pues estaba desde ántes de mi oración, he orado en vano; y si no estaba, y Dios la pone de improviso, este milagro es tan extraño como suspender las leyes de la gravedad. De aquí resulta, que mi oración, si es seria, como supongo, es la petición formal de un milagro; y en el fondo *no es mas que el instinto irreflexivo de un sér débil que se siente próximo á perecer*, y que invoca al Dios de quien depende su existencia. Si supiésemos siempre lo que hacemos cuando oramos, no pediríamos milagros con tanta facilidad; ni ménos los pediríamos para obtener un día más que pasar lejos de Dios en este mundo. ¹»

Habrà llamado sin duda vuestra atención el tono que reina en este trozo, sobre todo, el rasgo final y ese profundo desprecio de la vida, tan inesperado de parte de un filósofo que no pierde ocasión de echar en cara al cristianismo, la exageración de ese sentimiento. Mr. Simon traspasa ciertamente el límite comun del ascetismo cristiano. Encuentra muy imperfectos á aquellos que quisiesen tener *un día mas, para pasarlo lejos de Dios en este mundo!* ¡Esto es excelente!

No todos, sin embargo, habrán de concederle tal vez que aquel que en el momento del peligro exclame: «¡Oh Dios mio, salvadme!» no pide mas que la vida del cuerpo, y que por consiguiente, solo es impulsado

¹ *La Religion naturelle*, p. 380.

por el instinto irreflexivo de un sér débil que se ve cercano á perecer. Los que han escapado en tales accidentes, se acuerdan de que el pensamiento de la eternidad con todos sus peligros atravesó por su mente como un relámpago, y que su oración nació de otra cosa muy diferente de ese instinto irreflexivo semejante al de los brutos. Pero dejemos esto, para discutir la ingeniosa hipótesis del moralista.

«Pido á Dios que me conceda encontrar una rama bienhechora, en lugar de dejarme rodar hácia el abismo. Pero esa rama se halla allí, en la misma dirección de mi cuerpo. Si pues allí estaba desde ántes de mi oración, he orado en vano....» ¿Es cierto que si la rama se encontraba en aquel lugar, se haya orado en vano? ¿Y la oración no podría tener por efecto que se alcanzase la rama, que se pudiese asirla y que no se rompiese en la mano? Sé bien que el filósofo contestará que no, porque para alcanzar la rama, para asirse de ella y que no se rompa, es necesario, y esto, en virtud de la oración, una intervención especial de la Providencia; y como él rechaza toda intervención de este género, tendríamos que huir de la dificultad, dejándola sin resolución. Pues bien! ¿qué podrá objetarme si supongo que estando allí la rama ántes de mi oración, está precisamente porque Dios, que ha previsto mi ruego, ha querido escucharme?

No puede decirse que en esto haya milagro; no hay mas que un acto de Providencia: ¿en qué repugna este acto á los atributos de Dios?

No cabe la menor duda, en que Dios ha previsto desde la eternidad así la caída misma, como la oración que con motivo de ella ha de dirigirsele. Mr. Simon se ha-

lla de acuerdo en esto, en el capítulo que trata de la presciencia. «¿Cómo suponer, dice, que pueda producirse movimiento alguno en el mundo, que se pueda experimentar cualquiera sensacion, ó tomarse una resolucion de cualquier género que sea, sin que Dios lo sepa? No me respondais que no es impotencia de parte de Dios, sino indignidad en el objeto; pues tal respuesta, aunque sea de Aristóteles, no satisface al espíritu. El hombre, no es por cierto un objeto indigno de ocupar una inteligencia que conoce el resto del mundo. Y ¿cómo podria decirse que Dios tiene conocimiento del hombre, si conociese solamente nuestro poder y no sus aplicaciones? ¿No equivaldria á decir que conoce las leyes del movimiento y no el movimiento mismo?»¹ Es de advertir que este conocimiento es completo desde el principio y nada tiene de sucesivo. «Por lo mismo que Dios es inteligente y sabe lo que hace al crear el mundo, abraza de una ojeada el conjunto de las leyes y toda la serie de la historia, pues que todo, siglos y espacios, está contenido en la palabra creadora.»²

Julio Simon contesta á las dificultades especiales que se podria oponer contra ese conocimiento anticipado de las acciones humanas, diciendo que admite en Dios este conocimiento, aunque le es imposible explicar el modo con que existe. «Esta imposibilidad, despues de tantas otras, no es bastante á detenernos: porque creemos todo lo que está demostrado, sea que podamos ó que nos sea imposible explicarlo.»³

Es, pues, una cosa cierta, demostrada ya, segun el

¹ *La Religion naturelle*, p. 274.

² *Ibidem*, p. 270.

³ *La Religion naturelle*, p. 275.

mismo Mr. Simon, que Dios conoce desde la eternidad las oraciones que se le dirigen en el tiempo. ¿Por qué en tal caso no podria decretar tambien desde la eternidad, que tal ó cual oracion fuese atendida? Su inteligencia, por un acto único, simplisimo y siempre idéntico á Él mismo, abraza desde el principio toda la sucesion del tiempo, y, en éste, las cosas visibles y mudables que sucesivamente deben saparecer. ¿Por qué razon su voluntad, por medio de un acto semejante, no podria ordenar, sin sufrir cambio ni mutacion, que mi oracion sea escuchada y que yo pueda disponer de ese medio de salvacion que imploro? ¿Dónde se halla, en este supuesto, la contradiccion? ¿Dónde esa multiplicidad que se dice introducimos en la naturaleza divina, y que se nos echa en cara? Y cuando hablamos de esta suerte de la Providencia, ¿puede decirse con verdad que damos á los filósofos el derecho de comparar á nuestro Dios con un obrero torpe que se consagra varias veces á una obra y otras tantas la corrige?

«Dios, dice Mr. Simon, no modifica sus decretos, despues de haberlos dado. Estas dos palabras, *antes* y *despues*, carecen de sentido, cuando se trata de Él. No tiene varias voluntades sucesivas, de las cuales la segunda corrija á la primera.»¹

Y ¿quién dice lo contrario? ¿Por ventura nosotros? ¿Cuál de esos axiomas destruye la doctrina que atacais?

No; de la misma suerte que vosotros, no admitimos en Dios voluntades sucesivas, la segunda de las cuales corrija á la primera; ni suponemos que haya en el acto por el cual crea, conserva y gobierna todos los sé-

¹ *La Religion Naturelle*, p. 275.

res, *antes ni despues*; ni dejamos tampoco de ver como contradictorio, como incompatible con su naturaleza, todo decreto que una vez dado admita revocacion. Por el contrario, y en virtud de que todos los motivos de obrar que nuestros ojos descubren en el tiempo, le son conocidos desde la eternidad, afirmamos que su voluntad, teniendo en cuenta estos motivos, no cambia, y por consiguiente, nuestra oracion, que ha estado siempre presente á su infinita sabiduria, puede ser atendida por Él, sin que pierda nada de la serenidad que corresponde á su eterna é inmutable esencia. Tal es nuestra profunda conviccion, y no hay un solo argumento, sacado de la sana filosofia, que sea capaz de destruirla.

Mas puesto que Julio Simon inventa con mucho ingenio los ejemplos que ha menester para apoyar su tesis, séanos permitido modificar un tanto sus circunstancias, del modo siguiente:

Ese hombre que iba á caer en el fondo del abismo, ha podido asirse de alguna rama ó de la punta de una roca, débil apoyo que basta apénas para retardar algun tiempo su caída, pero no para permitirle subir á lugar seguro y sustraerse al peligro; de suerte que queda suspendido por un cuarto de hora entre la vida y la muerte. En tan horrible situacion, no se olvida de orar; pero al hacerlo, llama tambien en su socorro: sus gritos se dirigen á Dios y á los hombres.

¿A Dios? Pero ¿qué puede hacer Dios por él? ¿Saldrá de su eterno y solemne reposo para salvar á su criatura? ¿Qué efecto puede tener esa oracion? Ya se nos ha dicho que en el fondo no es mas que «el instinto irreflexivo de un sér débil que se siente próximo á perecer;» y aun cuando Dios quisiese escucharlo, no lo puede ha-

cer, porque su inmutabilidad le obliga á ser inexorable.

¡Ah! pero el hombre está allí; en buena hora! E hombre que sí puede cambiar, compadecerse y venir en ayuda de su semejante. El pastor de la montaña, el viajero que pasa en esos momentos, han oído los gritos, acuden presurosos, tienden la mano, su cayado ó su bordon, y hé aquí que salvan al desdichado que iba á perecer. Que les dé las gracias con el mayor rendimiento, pues á ellos solos debe la vida.

Tales son las consecuencias del sistema de Julio Simon, y para no apartarse de ellas, deberá decir, que Dios no ha podido guiar hácia aquel sitio los pasos del pastor y del viajero, ni hacer llegar hasta ellos los gritos, ni abrir sus corazones á la compasion, ni disponer, en una palabra, ninguna de esas circunstancias de que ha dependido la vida de su criatura que invocaba su auxilio en aquel trance.

Admitid tan extraña y absurda lógica, y veréis lo que gana en ello el orden moral. Nuestros sentimientos mas invencibles y sagrados, no tendrán ya razon alguna de ser. Ni esa pobre madre que pide la salud para su hijo, ni el guerrero que dobla la rodilla ántes del combate, ni el peregrino que levanta los ojos al cielo al escuchar el rugido de la tempestad, ni el labrador que aguarda confiado las bendiciones de Dios sobre su campo, ni nadie, en suma, pues que todos oramos durante nuestra vida, y nuestra oracion es una peticion, no, nadie encontrará gracia delante de esa profunda filosofia, á cuyos ojos la oracion no es mas que *el instinto irreflexivo de un sér débil*. Pero si así es, la razon debe combatir ese instinto. ¡Ah! esto es lo que hace en efecto la orgullosa ra-